

las revientan cuando va á ser la procesión del *niñito*?, dice la chiquilla de cabello corto.

—¿Usted pondrá altar, abuelita? sigue preguntando la pequeña, de cabello corto. Rita y Juana pondrán unos más bonitos...!

—Sí pondré, ya verás! En las ventanas y en la puerta colgaré las cortinas de encaje que guardo en mi cofre.

—¿Las que huelen á raíz de violeta? Yo le prestaré mis lazos celestes que mamá me pone en los hombros con mi bata blanca, para que usted ate las cortinas ¿Oye, abuela?

—Bueno. Le pedirás tú conmigo que te alivie la tos?

—¿Nos hará caso? Es muy chiquito.

—Sí, es de palo y no hace caso, dice el mayor de los niños.

—¡Qué sabes tú! replica la anciana poniéndose seria.

—Sí es de palo, abuela, yo lo he visto y lo he tocado.

—¡Qué es que no crece? Siempre está del mismo tamaño.

—¡Qué linda la *batuca* que le pone la mamá! Tiene juguetes, ¿verdad? ¡Debe tener más...!

—No, Marucha, si es de palo, insiste Antonio.

—¡Qué sabes tú!, interrumpe impaciente la abuela. Es lindo y está más gordillo! Quisiera cogerlo, echarlo sobre la cama y comérmelo como á Pepe. Tiene unas roscas tan ricas en los brazos y en las piernas!

El acento de la abuela es infantil. Los niños ríen.

Piensan llenos de gozo en la procesión que mañana pasará y sus corazones sencillos palpitan llenos de fe.

—Mira, abuela, Juana limpia sus ventanas y Nita y Lola barren el frente. Lo ponen limpio para que el *niñito* lo encuentre todo bien. Yo ayudaré también á Nita á hacer su altar. Mañana abrirá el gran armario en que guarda tantas cosas. ¡Qué dicha! Ya es casi de noche. Los buenos vecinos de la calle, casi todos sencillos y llenos de fe, hablan de una acera á otra, de la procesión. Todos la esperan llenos de alegría.

La luna en su cuarto creciente brilla en medio del cielo. Por un huequillo del alero pasa un hilo plateado que viene á descansar en las manos cruzadas de la abuela. Ahora, al verlas, se piensa en un huso de viejo marfil en el cual viene á devanarse aquella hebra de plata que sale de la madeja de blancura brillante que reposa allá en el cielo.

Ya la pequeña ha dejado caer su cabeza en el regazo de la anciana. Los otros piden les cuente cuentos de cuando el *niñito* Dios era *de deveras*.

Vamos adentro, dice ella. Hay que acostarse para madrugar á hacer el altar.

La procesión se acerca. La calle está adornada con lazos, cortinas y flores. En las esquinas y frente á algunas casas hay altares. Las imágenes se adelantan y los destemplados sonidos de unos clarinetes y otros instrumentos de viento, llenan la calle. De rato en rato el violín del viejo *Biscocho*, carraspea y la voz del sacerdote canta: «Salve».

Hay un hormiguero de gentes en la calle. Se conoce que son casi todas, personas del pueblo, sencillas é ignorantes.

No sé que impresión siento al ver á estos hombres, mujeres y niños, arrodillados, sonriendo dulce y piadosamente á la vista de la imagen de este niño Jesús á quien todos llaman «El Dulce Nombre». Es un chiquillo regordete, muy bonito. Todos los ojos lo miran llenos de devoción, de candor y de confianza. En las miradas de los viejos hay también un deseo de protección que ellos serían felices de dispensar á aquel precioso chiquillo en el que ellos creen tener un Dios. ¡Qué expresión más diferente he sorprendido yo en los rostros de esta multitud sencilla á la vista de la imagen de un Jesús ya hombre! Entonces noté temor y respeto; ahora adoración, respeto, pero esa adoración, ese respeto risueños que produce en el hombre la vista de la niñez. Las oraciones que salen de todos los labios están llenas de ter-